

York, 1922) para darse cuenta de lo que esta lamentable desviación significa. Es indudable que los eminentes miembros del Comité de Cooperación no han de cometer la ingenuidad (aunque tratándose de sabios especialistas en investigaciones propicias al candor todo cabe esperarse) de confiar en datos aportados por informaciones de esa especie; pero la modesta interpretación que han dado de su cometido los sabios designados por la Liga para realizar, tan alto fin como es el de la cooperación intelectual es evidente si se atiende a otros procedimientos adoptados. La Liga misma estaba en crisis, como ha estado desde que nació, ya por culpa de unos, ya por culpa de otros, cuando se creó el Comité; y la condición de inferioridad efectiva en que lo colocaron sus organizadores (que por otros conceptos no podían desconocer su trascendencia) está demostrada por la indigencia de medios que ha padecido. Esto es tan cierto que, según el conocido cronista Corpus Barga, toda la fuerza dialéctica de Bergson no pudo obtener en el presupuesto de la *Sociedad de las Naciones* más que 15,000 francos para el C. I. C. I. Para las disputas todo; para la inteligencia universal... 15,000 francos!! Esta aflictiva situación, elocuente de suyo, trajo por consecuencia algo más grave (a lo que me he referido en carta a nuestro común amigo y compañero en esta gestión): el gran filósofo no podía resignarse a esa miseria; hizo un llamamiento directo y general «a la generosidad de los Estados», con el único resultado (que se sepa) de que el señor Albert, Ministro de Instrucción Pública en Francia, ofreciera en nombre de la República Francesa, la creación de un Instituto de Cooperación Intelectual con sede en París... Aun más—si no nos engañan nuestros datos—al hacer el ofrecimiento el funcionario francés hacía hincapié en la descontada y necesaria preponderancia del elemento francés en la organización del referido Instituto... Con todo esto, ¿a qué quedaría reducida la gran obra de cooperación intelectual iniciada a la hora undécima por la Liga?... Razón tenía Einstein al negarse a esa especie de cooperaciones; cedió y he ahí el fruto.

Nosotros, en el morbo de nuestro individualismo anárquico, seguimos tascando malamente los frenos y soportando las falsas riendas y las fustas de los cocheros imperiales del Norte... ¡qué soberbia caballada para los aurigas de Sam!... Ellos inventan la Liga y la abandonan para entregarse al cálculo de los intereses de sus créditos de guerra; para solidaridades, a ellos les basta con la de los caballos unidos a su carro!... Dóciles aunque briosos!... ¿Hasta cuándo?

Maestro querido y venerado: Sepa usted por medio de uno de los voceros más modestos de las generaciones nuevas, que no se nos cae el eslabón de entre las manos: tenemos demasiado cerca su ejemplo... ¿Saltará alguna vez la chispa redentora?

Va con esta larga epístola cuya torpeza verbal y cuyas deficiencias de todo orden usted disimulará con su habitual benevolencia, un ejemplar de mi ensayo titulado *El Nuevo Ayacucho*, (1) que trata de tópi-

cos no distantes de los que aquí he tocado. Próximamente informaremos a usted, mediante nuestros queridos compañeros de la Habana, de lo que aquí hemos hecho en pro de nuestra iniciativa—que ya puede decirse que marcha—con ocasión de las fiestas del Centenario. Desde luego, podemos adelantarle la buena nueva de contar con la adhesión a la idea de espíritus tan preclaros como Antonio Caso, José León Suárez, Rodrigo Octavio y Eugenio Garzón.

Mientras tanto, reciba usted los más cordiales votos que por su salud y bienestar hace su fervoroso admirador y amigo,

(f.) EDWIN ELMORE

Miraflores, Lima, Dic. 16 de 1924.

Un doctorado por "derecho divino"

Actitud de los consejos estudiantiles

Manifiesto de la F. U. de Buenos Aires

LA Universidad Nacional acaba de otorgar a Humberto de Saboya el título de doctor *honoris causa*.

En sesión solemne se ha realizado este acto torpe y cortesano, que recuerda alguna de las pleitesías que otrora se acostumbrara rendir a la majestad real.

Hombres encanecidos en el estudio, acostumbrados a meditar altos problemas científicos, viejos profesores de reconocido saber, han debido ungir con una distinción intelectual la frente serena y ligera de un joven que en el mejor de los casos cursaría el segundo año de nuestro instituto universitario.

El episodio es grotesco y mueve a risa. Lo lamentamos por el prestigio de la universidad argentina, que es en definitiva la que sufre. En Europa, en Italia, donde la cultura tiene un valor de suprema significación, la noticia de este doctorado sensacional habrá causado hondo estupor.

Muchos homenajes han podido rendirle, menos éste, que parece hecho para poner en ridículo a quienes lo prohicieron, y arrojar sobre la seriedad de nuestros títulos universitarios una mancha de cómica gravedad.

Italia no necesitaba semejante demostración para comprender que de cada corazón argentino se eleva, en estos momentos, una onda de afectuosa simpatía hacia su historia opulenta, su arte inmortal, su vitalidad sorprendente. Italia vive asociada a lo más grande y puro de la raza.

Los consejeros estudiantiles declinaron la invitación del doctor Castillo para concurrir al acto, en cartas que transcribimos a continuación.

Del Dr. C. Sánchez Viamonte:

Señor decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires.—Acabo de recibir una nota de usted invitándome, en nombre del rector, «a la solemne recepción académica con que nuestra uni-

(1) Véase este ensayo en los Núms. 18 y 19 del *Repertorio Americano*, tomo en curso.